

Sebastián Taberna y su niño llanisco con botas de oficial

Una exposición temporal en el Museo Cerralbo muestra imágenes inéditas de la guerra tomadas por el fotógrafo pamplonés, como una hecha en Llanes en 1938

Alicia Vallina
OVIEDO

Sebastián Taberna fue un pionero de la fotografía documental y de guerra a pesar de que su legado estuvo más de 80 años custodiado en cajas de tabaco en el desván de su domicilio. Este pamplonés, nacido en 1907, y dedicado al negocio familiar de hacer pan, se interesó desde muy joven por el dibujo, la pintura y, especialmente por la fotografía, así que comenzó a formarse, de manera autodidacta, leyendo revistas especializadas y realizando excursiones en las que aprendió a educar su ojo. Apasionado de los avances técnicos que este nuevo arte ofrecía, Taberna cumplió su sueño de convertirse en fotógrafo, aunque no del modo en que hubiera esperado. Se alistó, con 29 años, como requeté voluntario en el Tercio del Rey durante la Guerra Civil española y allí, en medio de la barbarie, del dolor y de la muerte, realizó más de 3.600 fotografías del conflicto bélico más dramático de nuestra historia reciente con una cámara Leica IIIA que había comprado en 1935.

Hoy podemos contemplar sus emotivas imágenes en una exposición gratuita que lleva por título «Sebastián Taberna. El rostro de la guerra» y que acoge el Museo Cerralbo de Madrid has-

ta el 28 de enero de 2024, gracias al trabajo documental y de investigación de su familia (especialmente de su hija María Eugenia) y del comisario de la muestra, el médico y escritor Pablo Larraz. Este nos explica que un aspecto sorprendente de la historia de las imágenes de Taberna es que «revelaba y positivaba las fotografías en primera línea de combate», en una especie de «laboratorio ambulante», guardando todo su equipo y sus rollos numerados en cajas de madera.

Especialmente relevantes son sus imágenes de la batalla de Sigüenza y de la de Guadalajara, así como una curiosa fotografía que se puede contemplar en la exposición y que está datada en Llanes, en 1938, en la que un joven muchacho sonriente mira a la cámara, orgulloso de llevar calzadas las botas de un oficial que son lustrosamente puestas a punto por el encargado de su limpieza. El joven se apoya en el amplio ventanal de una cafetería, en cuyo interior se vislumbra la presencia de varios hombres, uno de ellos mirando directamente a la cámara. En la parte superior de la cristallera son abundantes las consignas militares que exhortan a alistarse en los requetés o a prestar apoyo al bando nacional.

Los reportajes de Sebastián



Arriba, la imagen tomada en Llanes por Sebastián Taberna; a la izquierda, el fotógrafo, con su cámara Leica. | Archivo Taberna Belzunce

Taberna son intimistas y están llenos de una singular emotividad a través de la que se muestra la crueldad de la guerra, la inocencia de jóvenes inexpertos listos para enfrentarse a un enemigo tan temible como desconocido, y donde también hay tiempo para el compañerismo, la nostalgia o la diversión. La crueldad del duro invierno, los

momentos de soledad vividos por los combatientes, el dolor por la pérdida de un compañero, el hambre o unas simples prácticas de tiro, todo era testimoniado por el ojo sincero y humilde de Taberna en un homenaje claro a los riesgos y padecimientos que aquellos jóvenes estaban sufriendo.

Un aspecto de la singularidad de estas fotografías es que, hasta ahora, habían permanecido inéditas, además de que nada tienen que envidiar a las de los grandes nombres de la fotografía internacional de guerra como las de Robert Capa y Gerda Taro o las de los españoles Agustín Centelles o Alfonso Sánchez Portela.

Taberna fue un hombre de una sensibilidad excepcional que, tal y como señala Larraz, «entregaba muchas de las fotografías a sus compañeros de campaña para que pudieran enviarlas a casa junto a sus cartas y así demostrarle a su familia que seguían vivos y gozaban de buena salud». Además, Sebastián poseía una especial destreza y conocimiento técnico y buscaba siempre el empleo de planos arriesgados o juegos de luces especialmente curiosos.

Las fotografías de Taberna permanecieron en el olvido durante muchos años, pues su autor nunca quiso que salieran a la luz para ser empleadas como instrumento propagandístico o de enfrentamiento político. Sebastián solo pretendía guardar en lo más hondo de su corazón el sufrimiento, la soledad, el abandono y el dolor que aquellos trágicos tres años de combate descarnado le habían causado. Ahora, estas fotografías salen a la luz como testimonio, no solo documental y artístico, sino como herramienta de unidad, empatía y respeto hacia el diferente, en un ejercicio de solidaridad que tanta falta hace en los tiempos convulsos que nos ha tocado vivir.

A la izquierda, exposición de Luis Fernández en la Fundación Cristina Masaveu Peterson; a la derecha, el duque de Alba en la exposición de trajes en Liria, y más allá, detalle de una obra de Artemisia Gentileschi. | José Luis Roca / Efe / Thyssen



nista Claude Monet, protagonista en CentroCentro -Palacio de Cibeles- con 50 pinturas del Musée Marmottan Monet.

En cualquier ronda museística madrileña no puede faltar una parada en El Prado. La pinacoteca nacional acaba de abrir «El espejo perdido. Judíos y conversos en la España medieval», con una

amplia selección de obras sobre cómo veían los cristianos a los judíos y conversos desde finales del XIII hasta 1492. A El Prado llega, además, el 7 de noviembre «Reversos», dedicada a la trasera de los cuadros (tabla, tela, metal o piedra) y las sorpresas que esconden.

En la Fundación María Cristina

Masaveu Peterson tienen doble oferta: «Colección Masaveu: objeto y naturaleza. Bodegones y floreros de los siglos XVII - XVIII» -que ya pasó por el Bellas Artes de Asturias- y una retrospectiva dedicada al artista asturiano Luis Fernández, comisariada por el director de la pinacoteca asturiana, Alfonso Palacio. La efeméride del

50.º aniversario de la muerte de Fernández impulsa esta muestra con alrededor de 150 obras y que llegará a Asturias, al Bellas Artes, en febrero de 2024.

Fotografías de Sebastião Salgado sobre la Amazonia se pueden ver hasta enero en el Centro de la Villa, donde este mismo domingo inauguran otra con imá-

genes sobre la vinculación histórica del baile con la capital madrileña, desde los recintos en las romerías hasta discotecas y afters.

Surgirse en la mismísima Pompeya en sus últimos días es posible en las naves del Matadero, con una exposición inmersiva en su Sala Metaverso. Historia palpable está en el Palacio de Liria, donde los Alba exponen los trajes históricos de la familia en los últimos siglos. En la Galería de las Colecciones Reales invitan a un recorrido por la historia del carruaje en España a través de medio centenar de vehículos de monarcas españoles desde el siglo XVI hasta el XX. Y en la Fundación Juan March proponen otro viaje en el tiempo, hasta la época de las culturas precolombinas, con todo tipo de objetos, para explicar su influencia en el arte que vino después.